

III. SER PERSONA Y SER HOMBRE Y MUJER

III. SER PERSONA Y SER HOMBRE Y MUJER	1
Ser persona y ser creador.....	2
El amor consiste en dar ser real (el mío) a lo amado	2
El amor no sale solo, hay que decir sí.....	4
El poder de traer a otros a la existencia	6
Ser persona y ser varón y mujer	7
Cuerpo de mujer, cuerpo de madre	8
La imagen de mujer-objeto.....	8
Imagen y realidad.....	8
Alma de mujer.....	9
Cuerpo de hombre, cuerpo de padre	10
Cuerpo de padre: sexo y amor.....	10

SER PERSONA Y SER HOMBRE Y MUJER

Todo lo que hemos visto hasta ahora puede ser muy bonito, pero a muchos les sonará a música celestial, a planteamiento utópico e irreal. Es lógico que así sea, porque nuestra mentalidad está lógicamente influida por los medios de opinión pública. Y estos medios nos están dando una imagen deformada de lo que es ser hombre y ser mujer.

Por eso, ha llegado el momento de reflexionar brevemente sobre este punto, prescindiendo de las influencias del ambiente, utilizando sólo el sentido común. Y para pensar qué es ser hombre y mujer, vamos a enfocarlo desde dos perspectivas opuestas: desde el análisis de lo que significa ser persona -tema difícil, pero que vale la pena- y desde el análisis de la imagen corporal, tema muy fácil, porque entra por los ojos. Vamos a pensar, en primer lugar, en qué consiste eso de ser personas humanas, porque ser hombre y ser mujer son, antes que nada, dos modos de ser persona.

Ser persona y ser creador

Es difícil definir en qué consiste el ser persona. Pero una de sus características más profundas consiste en su capacidad de crear. El espíritu y la libertad del ser humano se manifiestan en que introduce novedades, en que aporta algo al mundo. En lo artístico, lo científico, lo empresarial, etc., el ser creativo se despliega en una serie de nuevas formas y modos de hacer, que enriquecen a los demás hombres con esa aportación.

Pero este tipo de creatividad no llega a ser una verdadera creación, en sentido estricto. Crear no consiste en transformar lo ya existente, sino en aportar una nueva realidad que brota exclusivamente desde la persona que crea. En este sentido, todo espíritu es imagen de Dios creador, que da el ser al mundo y a cada una de las personas, y se lo da sin utilizar nada preexistente, total y exclusivamente desde su propio poder.

Si analizamos la capacidad creativa del hombre -artística, científica, empresarial, etc.- vemos que lo nuevo que se aporta no es la realidad completa del producto, sino sólo una idea o una forma nueva de hacer. Para pasar de la idea a la realidad, no basta con nuestro propio ser, sino que hemos de aplicarnos a transformar algo que ya existía.

Sin embargo, hay dos aspectos en los que nuestra capacidad creadora no se limita a una idea sobre el modo de transformar el mundo, sino que es creadora en un sentido más radical. Hay dos aspectos en que nuestra actividad engendra, no sólo una nueva idea o forma, sino una realidad nueva, que llega a la existencia directamente desde nosotros mismos. Esos dos aspectos son: 1) el sí de la libertad al amor y al bien -la entrega del propio ser-; y 2) la generación de un nuevo ser humano. Son dos aspectos, de por sí, totalmente distintos, y sin embargo, intrínsecamente ligados.

El amor consiste en dar ser real (el mío) a lo amado

Veamos por qué afirmo que el sí de la voluntad al bien y al amor -la entrega del propio ser- es más radicalmente creador que otras actividades. El espíritu se caracteriza por tener inteligencia y voluntad. Pero nuestra actividad intelectual se queda en el nivel de la idea, mientras que la voluntad que ama transforma realmente nuestro ser, identificándolo de modo real con el bien o la persona que ama. El fuego pensado no quema, el fuego amado, sí.

La plenitud real a la que el ser humano está llamado sólo se alcanza en el sí al bien y al amor. Pero ese sí, esa entrega, surge exclusivamente desde nosotros mismos, aportando una novedad real: esa plenitud y felicidad que dan sentido, no sólo a nuestra vida personal, sino al conjunto del universo material.

La inteligencia descubre el bien y nos guía hacia él, pero el mero conocimiento del bien no nos hace buenos. El enamoramiento nos muestra las cosas buenas del otro, nos arrastra hacia él, pero el simple enamoramiento, no es amor pleno. Porque nos hace sentir que somos del otro, pero no nos hace ser realmente del otro. La plenitud real del ser humano sólo se alcanza en la entrega del propio ser, que sólo puedo realizar si soy dueño de mí mismo. Sólo se alcanza en el amor que brota desde la libertad.

Por otra parte, amar consiste, precisamente, en dar existencia real a lo amado. En el caso de Dios, su Amor da consistencia real e independiente a lo amado. De hecho, para nosotros, y para el mundo, existir no es otra cosa que estar siendo amados por Dios. Pero nosotros no somos Dios, la única realidad de la que disponemos de modo inmediato es la nuestra propia. Y esa realidad que tenemos es la que damos a lo amado: la de nuestro propio ser, que se transforma a sí mismo según el ser de lo que ama, sea un bien o una persona.

Esto es posible precisamente por el poder de autodeterminación de nuestra libertad. Ser espíritu, ser libre, es ser capaz de amar. Y por el amor, yo me cambio realmente a mí mismo, mi propio ser interior se transforma realmente en el del otro. De manera que, ahora, es el otro quien vive con mi vida, con mi carne y con mi sangre, con las energías de mi espíritu.

Amar consiste en dar existencia, dar realidad a lo que amo. Como no tengo más realidad que la mía, cuando amo, me entrego realmente al otro, porque le doy mi propia realidad, mi propia vida, para que sea él quien vive con ella. Cuando amo, es el otro quien vive en mí, y por eso, mis energías ya no están a mi servicio, al servicio de mis necesidades; sino que están al servicio del otro. Porque estoy haciendo vivir al otro, el modo de ser del otro, con mis propias energías. El otro tiene existencia real también en mí. Y por ser real, esa realidad es principio de actuaciones reales. El amor hace que yo viva realmente para el otro. Por eso, siento sus necesidades como necesidades mías; por eso, incluso las intuyo y me anticipo a ellas.

Por eso se dice que "obras son amores, y no buenas razones", porque, si amo de verdad, mi ser interior está verdaderamente transformado según lo amado, y eso hace que, espontáneamente, pase a las obras. En la medida en que no hay obras, el amor, la transformación interior, no es todavía plenamente real. Porque, si lo es, las obras salen solas, con la espontaneidad de las fuerzas de la naturaleza, de mi propia naturaleza, transformada realmente en el otro por el amor.

Podría parecer que estamos describiendo la identificación y la unión afectiva propia del enamoramiento, pero no estamos hablando del sentimiento, sino del amor que brota de la libertad y transforma realmente el espíritu. Como hemos dicho antes, el enamoramiento me hace sentir que soy tuyo, pero no me hace realmente tuyo. Sólo el amor que brota de la libertad puede hacerme realmente tuyo. Sólo si me he entregado para siempre con la voluntad -porque tu te me has entregado también- puedo pertenecerte realmente.

No estamos hablando del sentimiento, ahora bien, también es cierto que los tres niveles del amor -físico, afectivo y espiritual (libre)- están íntimamente ligados. De hecho, lo que hace vivir al

cuerpo que tiene carne y sentimientos es el espíritu. La carne y el sentimiento están hechos precisamente para expresar la altura e intensidad a la que debe llegar esa entrega del espíritu que brota de la libertad. Como decíamos antes, la excitación de la carne está diseñada para tener el sabor de "soy tuyo (tuya) para siempre".

Es más, se podría decir que la dinámica y la locura de la carne en el sexo -que funciona casi solo-, el éxtasis y el vivir en el otro y para el otro que es propio del enamoramiento -que sale solo, aunque luego haya que cuidarlo-, están ahí para indicar hasta qué altura debe llegar ese amor de entrega que, por ser autotransformación libre del espíritu, no sale solo, sino que hay que hacerlo día a día, con obras.

La libertad está hecha para la entrega. Sólo si somos libres, dueños de nuestros actos, podemos decir que sí al bien y al amor. Sólo si somos libres, dueños de nosotros mismos, podemos entregarnos y recibir la entrega del otro. Y sólo esa entrega mutua nos da la felicidad. Ser persona es ser libre, ser capaz de entrega, y la persona sólo se realiza a sí misma en la entrega.

La libertad está para ser usada, no para guardarla en un cajón. La libertad, como el dinero, está hecha para gastarse en lo que vale la pena. Del mismo modo que el taxi está libre para poder ser ocupado, no para defender su "libertad", porque entonces se quedaría vacío y solo, y sin sentido. La libertad sin entrega se frustra. La libertad sin entrega está condenada a la soledad absoluta, al aburrimiento y a la desesperación más radical.

Una libertad que no acepta el compromiso de la entrega es una libertad que sirve para "hacer cosas" -y ni siquiera cosas grandes, sólo cositas pequeñas-, pero no sirve para "amar a personas". Es cierto que el compromiso con las personas limita las posibilidades de hacer cosas. La cuestión está en descubrir que, aunque es divertido "hacer cosas", la felicidad sólo se alcanza cuando "se aman personas", y eso significa entrega y compromiso.

A veces, el mismo lenguaje manifiesta la relación entre libertad y entrega. Por ejemplo, en catalán, "entregarse" se puede decir también "lliurar-se". Y uno sólo se puede "lliurar" si de verdad es "lliure". Es más, uno es "lliure" para "lliurar-se" (como el dinero y el taxi).

El amor no sale solo, hay que decir sí

Este amor que no es simple enamoramiento, sino ejercicio de nuestra libertad, que nos transforma en el otro y nos hace alcanzar la plenitud, no es un amor que sale solo, precisamente porque es libre. Esta es la diferencia entre el enamoramiento afectivo y el amor libre de la entrega. Es la diferencia entre las fuerzas naturales, en general, y la fuerza de la libertad. Las fuerzas naturales (también las de mis sentimientos) funcionan solas, la fuerza de la libertad espera y necesita que yo diga sí.

Como apuntábamos antes, el enamoramiento, aunque sea un rasgo típicamente humano, no es un acto libre. Yo no decido enamorarme, me encuentro enamorado. El enamoramiento no es algo que yo hago porque me da la gana, es algo que me pasa. El amor de entrega, el amor que transforma de modo estable el espíritu y me hace pertenecer realmente al otro, no es algo que salga solo, es algo que he de hacer "porque me da la gana", con pleno dominio de mis actos.

Y lo que he de hacer es, precisamente decir ese sí que sólo mi libertad puede dar. Sólo esa entrega de la libertad hace realidad la plenitud que el enamoramiento hace sentir y promete. Sólo

esa entrega libre hace realidad lo que sentimos cuando nos enamoramos: que "yo soy tuyo (tuya), y tú eres mío (mía)".

Ahora bien, ¿por qué decimos que ese sí brota exclusivamente desde nosotros mismos? Porque, cuando la persona conoce el bien y el amor, descubre que es bonito, que vale la pena; pero también descubre que el bien no se hace sólo, sino que "hay que hacerlo". Descubre que no basta con saber que lo bueno es bueno para que ese bien se haga, sino que hemos de decidírnos a hacerlo, y que esa decisión es algo que está absolutamente en nuestra mano.

Un ejemplo tonto: si el perro tiene hambre y ve comida, no le da tiempo de "pararse a pensar": su hambre le arrastra inevitablemente y come. Si yo tengo hambre, y veo la comida, no soy arrastrado inevitablemente a comer. Tengo que decidirlo (aunque cueste poco), tengo que "decir sí", porque si no, no como.

Y precisamente porque tengo que "decir sí", puedo "decir no", y quedarme sin comer, aunque tenga muchas ganas. Quizás porque quiero dejárselo a mi hijo, o porque no es la hora, o porque quiero adelgazar. Algo tan sencillo como comer cuando tengo ganas es algo que necesita mi decisión de comer, es algo a lo que no soy inevitablemente arrastrado. Precisamente porque soy libre, hasta el comer cuando tengo ganas es algo que no sale solo (aunque cueste muy poco), algo que "hay que hacer"; por eso puedo no hacerlo (aunque me cueste mucho).

Cuando me planteo algo, y siento que "hay que hacerlo" no significa que se trate de una obligación que alguien me impone desde fuera (aunque me cueste mucho). "Hay que hacerlo" significa, precisamente, que ese bien bonito, ese amor, esa aspiración íntima de mi persona, es algo que no sale solo, algo que "está por hacer", algo que "hay que hacer". Eso es el deber: lo que no sale solo, aunque me lo pidan mis entrañas. Cuando el deber es interpretado y vivido como una imposición externa -y así se suele entender-, provoca la rebeldía. Pero el deber no es otra cosa que el amor libre. Ese amor que "hay que hacerlo" porque no sale solo (ni cuando cuesta poco, ni cuando cuesta mucho).

El bien es bonito, vale la pena, escucho su llamada en mi interior, me lo pide a gritos lo más íntimo de mi ser, pero no se hace solo, depende de mi decisión, y por eso siento que "hay que hacerlo", que es mi deber, mi tarea personal. Del mismo modo, el amor que es entrega real al otro, no sale solo: hay que hacerlo, dando ese sí del primer día, y luego, día a día, con obras que brotan en cada caso de otro sí, de una decisión libre de entrega que actualiza y renueva la fidelidad incluida en la entrega inicial.

Se puede decir que, cuando la persona conoce el bien, cuando descubre el amor, el mundo entero -y Dios mismo, que nos ha creado así-, se detiene, está esperando mi sí, esa definitiva aportación que ha de ser exclusivamente mía. Ni Dios puede intervenir en nuestra decisión de decir sí al amor. Porque nos ha hecho así, libres. Y libres significa dueños de nuestros actos. Libres significa dueños de nosotros mismos, absolutamente responsables de nuestro propio destino eterno: soledad o mutua entrega. Y en esa entrega salimos ganando, porque Dios siempre es más.

Ese paso desde el ser libre que hemos recibido hasta la plenitud del sí al amor aporta una realidad nueva, que es la realidad más importante del mundo, la que da sentido a este desbarajuste en el que vivimos. Y esa realidad nueva, esa plenitud de las personas, depende de un sí que brota

exclusivamente desde nosotros mismos. Ese decir sí es una imagen auténtica del poder creador de Dios. Dios mismo se detiene y espera.

El poder de traer a otros a la existencia

Decíamos antes que nuestra capacidad creativa se limitaba a la creación de una nueva idea, o forma de hacer las cosas; que después, para hacerla realidad, debíamos recurrir a la transformación de algo ya preexistente. Podemos añadir ahora que, esas cosas que realizamos, tienen una vida limitada: antes o después, todos nuestros logros pasan.

Pero hay algo que brota directamente de nosotros mismos, dando lugar a una realidad que, además, no cesará nunca: los hijos. En este caso, colaboramos con Dios en la creación de una nueva persona que está llamada a una vida eterna que no tiene fin. Somos copartícipes de su poder creador.

En el caso de la aparición de un nuevo ser humano, sucede como con la aparición del sí de la libertad al amor: Dios, cuando desea traer una nueva criatura al mundo, está esperando a que los esposos, libremente, decidan entregarse del todo.

Del mismo modo que Dios, habiendo apostado su propia vida por nuestra felicidad, espera nuestro sí a la entrega que nos hace felices, así también, habiendo puesto las condiciones naturales para la aparición de nuevos seres humanos, espera la entrega de los esposos.

Se puede decir que, una determinada persona, prevista por Dios como fruto de un determinado acto de amor, no viene a la existencia a causa del rechazo de la fecundidad por parte de una pareja. Más adelante, quizás venga otra, pero aquella determinada persona, que dependía de una determinada combinación de genes y circunstancias, no llegará nunca. Son huecos en un mundo que va a durar una vida eterna.

Es algo muy grande traer hijos al mundo, colaborar con Dios en dar existencia a una persona llamada al amor y la felicidad eternas. Ninguna otra cosa que podamos aportar al mundo tiene la grandeza de esos nuevos seres humanos que dependen de nosotros para existir. Ninguna durará para siempre. Sólo los hijos pueden acompañarnos en la vida eterna.

El sí al amor, y la generación de nuevos seres humanos, son los dos aspectos en los que la persona ejerce de modo más radical su carácter de creador, que le hace imagen de Dios. En ellos aportamos al mundo, de modo directo, algo real y verdaderamente nuevo. Y, en los dos casos, es una aportación con vocación de eternidad.

Decíamos que son dos aspectos, en sí mismos muy distintos, pero intrínsecamente ligados. Pienso que no es casual esta ligazón. El amor, todo amor, es fecundo, consiste en dar realidad a aquello que ama. La vocación de la persona al amor se traduce en vocación a la fecundidad. Cuando las personas somos corporales, y venimos a la existencia unas a través de otras, la realización plena del amor es inseparable de nuestro ser padres o madres (para los que entiendan: toda vida de intimidad con Dios es automáticamente fecunda y engendra en otros esa misma vida).

Ser persona y ser varón y mujer

Las consideraciones precedentes arrojan una nueva luz sobre la relación entre el hecho de ser persona y el hecho de ser mujer y varón. Ser persona es ser libre, ser creador, ser capaz de entrega, de amor y de hijos. Esto arroja nueva luz a la hora de considerar en qué consiste la diferencia sexual, el ser hombre frente al ser mujer. Es este un tema en el que nuestra cultura está bastante desconcertada. Se han hecho multitud de enfoques distintos, que van desde la afirmación de una igualdad radical a la afirmación, no sólo de la diferencia, sino de la oposición y la guerra de sexos.

Ahora bien, si nos preguntamos en qué consiste la diferencia sexual, y por tanto, cómo es el amor sexual, lo primero es preguntarnos por lo más elemental. ¿Por qué la raza humana está dividida en hombres y mujeres? Si no sabemos responder a esta pregunta, difícilmente podremos saber en qué consiste ser varón o mujer. Difícilmente podremos entender cómo tienen que ser las relaciones entre ellos.

Hombres y mujeres tenemos muchas cosas en común: la dignidad humana, la inteligencia, el poder de amar y de entregarnos, la capacidad de iniciativa, la responsabilidad, etc. En lo esencial, tenemos una misma naturaleza, que adquiere matices diferentes según se exprese en masculino o en femenino. Tenemos casi todo en común. ¿Qué es lo que causa la diferencia sexual? Háganse ustedes la pregunta.

La única respuesta que me parece lógica y convincente es ésta: somos hombres y mujeres porque hay que tener hijos. Si no hubiera que tener hijos, las personas humanas no nos dividiríamos en hombres y mujeres. Y nuestras relaciones de amor serían distintas de lo que son ahora. Si existe el amor entre hombre y mujer es porque existe la diferencia sexual. Y la diferencia sexual existe por la necesidad de tener hijos.

Esto nos lleva a considerar que lo específico y diferenciador del varón es ser un posible padre. Y lo específico y diferenciador de la mujer, ser una posible madre. Lo demás es común a hombres y mujeres. La paternidad y la maternidad están en la base de los matices diferenciales que se descubren en todos los aspectos de lo humano según que se conjugue en masculino o en femenino. Y, aunque no es mi campo, la fisiología comparada tiene bastante que decir al respecto.

Ser hombre y ser mujer son dos maneras de ser persona. Significa estar referidos el uno al otro precisamente en los dos aspectos más radicales del poder creador de la persona: el amor y la paternidad. El amor de un hombre y una mujer es el amor de una persona-padre por una persona-madre. La entrega total de un hombre a una mujer es la entrega total de una persona-padre a una persona-madre.

Lo más radical del ser personal se manifiesta indisolublemente en amor y fecundidad. Por lo mismo que soy capaz de amor, soy capaz de hijos: por el poder creador de mi ser personal. El amor es de por sí creador, es de por sí fecundo. Por eso el amor de hombre y mujer, cuando es entrega total, necesita hijos. Por eso se siente de modo tan trágico la esterilidad: porque ese amor que nace de los dos, necesita que nazca también alguien más en quien volcar esa mutua entrega.

Un amor que rechaza la fecundidad es un amor que rechaza la entrega, que se cierra sobre sí mismo, negando de este modo su esencia más íntima. Es un amor teñido de egocentrismo, que termina disolviéndose, a lo más, en la precaria conjunción de dos egoísmos que la casualidad hace coincidir una temporada, y la misma casualidad separará.

Cuerpo de mujer, cuerpo de madre

Hemos analizado la diferencia sexual desde las alturas -un poco difíciles- de lo que significa ser persona. Vamos a ver ahora el asunto desde el otro extremo, más fácil y comprensible: la imagen corporal. Si un dibujante quisiera trazar en pocos rasgos la imagen corporal de la mujer, le bastaría con esbozar el pecho y las caderas. Una mujer tiene muchos otros rasgos diferenciales, en el ámbito afectivo, intelectual, o corporal. Pero al dibujante le bastaría con esos dos rasgos típicos para expresar la imagen corporal de mujer.

¿Y por qué tiene la mujer ese pecho? Hay una razón biológica: alimentar a los hijos. La mujer tiene pechos porque es una posible madre. Si no lo fuera, no los tendría. Ese rasgo característico de la imagen de mujer, que es también uno de los motivos que atrae al hombre, tiene el sentido de ser madre.

Lo mismo podemos decir de ese otro rasgo que son las caderas. La peculiar forma femenina, se debe a la necesidad de llevar al crío dentro durante el embarazo, y a la necesidad de darlo a luz. Volvemos a lo mismo. La imagen corporal típica de la mujer, por la que se diferencia del hombre, corresponde biológicamente a lo que tiene de posible madre.

La imagen de mujer-objeto

Preguntémosnos ahora cuál es la imagen de cuerpo de mujer que tenemos en la cabeza. La que ha surgido a partir de los datos que nos ha proporcionado nuestra cultura visual -cine, televisión, publicidad, etc.-. Nos daremos cuenta, con sorpresa, de que no es, en absoluto, la imagen de un cuerpo de madre. Si nos atenemos a lo que nos han metido por los ojos, más que madres, las mujeres son otra cosa, que es mejor no decir ahora. Podemos decir que, socialmente, la imagen de cuerpo de mujer que funciona en estos momentos es la de mujer-objeto. No es el cuerpo de una persona a la que amar y respetar, sino más bien una cosa que usar, una cosa con la que pasárselo bien: casi casi de usar y tirar.

Pero entonces, sacamos la conclusión de que nos han engañado. Nos han vendido una imagen falsa, inadecuada, incompleta. Es más, la idea de madre no entra ni a golpes en esa imagen del cuerpo femenino que han vendido los diversos medios de comunicación. Y, del mismo modo, la idea de padre está ausente de la imagen del hombre.

Pero hemos visto hace un momento que, si uno analiza fríamente qué es lo típico de un cuerpo de mujer, concluye que, lo que tiene de específico y atractivo, es lo que tiene de posible madre. ¿No es lógico que sea más difícil vivir adecuadamente las relaciones entre hombres y mujeres, si partimos de este engaño generalizado, en el que esta sumergida nuestra cultura? Desde luego, es muy difícil entender el sentido y la grandeza del amor sexual si nuestra cabeza se enfrenta con este asunto a partir de la imagen de mujer-objeto y hombre-macho.

Imagen y realidad

Lo sorprendente de este engaño se destaca, aún más, si nos hacemos la siguiente pregunta ¿Puedo incluir a mi madre en esa imagen de mujer que me han vendido? ¿Me sirve esa imagen para entender lo que es mi madre? La respuesta obvia es que no. ¿Qué pasa? ¿Es que acaso mi madre no es una mujer? Evidentemente sí. Y si comparamos, diremos que la imagen que tenemos de nuestra madre es bastante más completa, como mujer, que esa imagen de mujer-objeto.

Y sin embargo, preguntémosnos: ¿cuál es la imagen corporal que sirve al hombre para mirar a las mujeres? ¿Cuál es la imagen que sirve a la mujer para mirarse a sí misma y para presentarse ante el hombre? Veremos que la imagen inconsciente con la que miramos o nos miramos es esa imagen de mujer-objeto que nos han vendido los medios de comunicación. Eso se notará, por ejemplo, en los modos de vestir que imponen algunas modas, en las actitudes frente al hombre, etc. Por eso, para salir de este error de base, hemos de darnos cuenta del engaño y reconstruir, en nuestro interior, una imagen de mujer que sea más completa y verdadera, que se adecue mejor a los datos más elementales del sentido común. Necesitamos pensar por nuestra cuenta y no dejarnos influir por la publicidad. Necesitamos descubrir que ser mujer es un modo de ser persona, que es ser creador, capaz de amor y de fecundidad. Y no un objeto de usar y tirar.

Alma de mujer

Si hemos dicho esto respecto del cuerpo, lo mismo podemos decir respecto del carácter y la psicología femenina. En dimensiones como la ternura, la suavidad, la capacidad de escuchar y de mostrar el cariño de manera inmediata y sensible, el detectar las necesidades del otro, el saber reconocer lo peculiar y propio de cada persona, el quererlas como son, el estar en los detalles concretos que hacen la vida diaria agradable, el fijarse en esas cosas pequeñas, que son tan necesarias para que, tanto el ambiente profesional como el hogar sean humanos y entrañables, en todas estas cosas, la mujer es muy superior al hombre.

De muchas de estas cosas, el hombre ni se da cuenta. Lo que para la inmensa mayoría de las mujeres es fácil y evidente, para la mayor parte de los hombres es muy difícil de ver. Y, aunque a veces lo vean, quizá no sepan cómo hacerlo o cómo expresarlo con naturalidad.

No hay más que pensar en la superioridad de la mujer para las profesiones en las que predomina la atención y el trato humano, relaciones públicas, aspectos del marketing, y tantas otras profesiones. O para las actividades que exigen concentración y constancia: véase su superioridad en las oposiciones más dificultosas, como la judicatura, etc. También podemos preguntarnos si preferiríamos estar en un hospital atendido sólo por enfermeros, o sólo por enfermeras. La cuestión que surge ahora es preguntarse por qué están tan mal pagadas las profesiones femeninas, aquellas en las que la mujer es claramente superior al hombre.

En esta línea, todavía está por estudiar a fondo cuáles son los factores específicos que la femineidad de la mujer puede aportar al desarrollo de la cultura y la civilización. En estos momentos, la mujer está accediendo cada vez más al mercado de trabajo. Pero, en algunas ocasiones, en condiciones de inferioridad, cuando la lucha se plantea en campos en los que el hombre tiene ventajas. Sin embargo, los campos de trabajo en que las mujeres tienen superioridad manifiesta, están menos desarrollados y peor considerados. Esto se debe al papel predominante del varón en la construcción de la estructura social.

Tenemos la tarea urgente de repensar el papel insustituible y específico de la mujer en la construcción de la cultura actual. Tenemos que potenciar los aspectos y trabajos en que ella es superior al hombre. Y entonces nuestra civilización dará un gran salto adelante, porque será mucho más humana.

Cuerpo de hombre, cuerpo de padre

Si el cuerpo de mujer es cuerpo de madre, el cuerpo de hombre es cuerpo de padre. Y este dato está también ausente de la imagen del varón que se vende en los medios de comunicación. Es más, mientras la degradación de la imagen corporal de la mujer es cosa de los últimos años, la pérdida de la imagen de padre es mucho más antigua.

Hace mucho tiempo que nuestra civilización ha olvidado que el negocio fundamental de un hombre son los hijos. La imagen social del hombre no destaca sus funciones de padre. Aunque estamos mejorando, los hombres se dedican bastante poco a la educación de los hijos, que ha quedado desde hace mucho tiempo en manos de las mujeres. También a la hora de los planes de formación y de estudios: se piensa casi exclusivamente en la formación profesional, y no en la formación de padres y madres de familia. Nos hemos olvidado de que ser hombre es un modo de ser persona, un modo de ser creador, capaz de amor y de hijos.

Cuerpo de padre: sexo y amor

La constitución sexual del hombre está encaminada a la paternidad. Y la paternidad es fruto del amor. El acto sexual no es un simple medio para la procreación, sino que ha de expresar corporalmente toda la ternura de amor que la mujer necesita. El ambiente, y la imagen dominante de hombre y mujer, dificultan al hombre vivir su propio sexo como instrumento y expresión de la delicadeza y ternura propias del amor.

Porque el sexo del hombre es el vehículo para consumir su amor a la mujer con la que une su vida. Es el aspecto de su cuerpo con el que tendrá que expresar la plenitud de su entrega enamorada. Y muchos hombres se encontrarán con que, la imagen que tienen de su sexo -sea de su cuerpo en general como expresión e instrumento de sexualidad, sea de su sexo en particular-, no es precisamente la imagen de instrumento y vehículo para expresar el tierno y profundo amor a la mujer amada. Muchos se encontrarán con que, en lugar de un delicado instrumento para expresar ternura y entrega, su sexo es una bestia hambrienta de carne de mujer, que no hay manera de dominar.

Bombardeada por una avalancha de mensajes eróticos y pornográficos, la imaginación, la sensibilidad, la memoria de los hombres actuales está sobrecargada por un potenciamiento excesivo y enfermizo de los deseos sexuales simplemente carnales. Para descubrir la riqueza propia de la personalidad femenina, para llegar a conocer y a enamorarse de una mujer -y no simplemente desear a una tía buena- el hombre, habitualmente, tiene que hacer un esfuerzo grande para evitar que su atención quede absorbida por los aspectos externos y meramente carnales de la mujer. Como decía un amigo mío, con palabras más expresivas: "el corazón está detrás del pecho: si te quedas en el pecho, no llegas al corazón".

En esto, hombres y mujeres somos muy distintos. El hombre reacciona de modo inmediato ante los valores meramente carnales del sexo, cosa que no le pasa a la mujer. Ella es, por una parte, físicamente más lenta; y por otra parte, más afectiva. En el hombre, el deseo y la excitación física brotan con fuerza y rapidez, absolutamente al margen de la afectividad. Y, en muchas ocasiones, son muy difíciles de controlar.

Con todo esto, en la experiencia de muchos hombres -y, a estas alturas, de bastantes mujeres-, la imagen del enamoramiento y de la ternura está disociada de la imagen corporal de su propio

sexo. Y eso ha de hacer pensar. Porque no hay modo de pedir otro cuerpo, cuando se quiera amar con ternura y profundidad. Sexo y amor son, de por sí, dos caras de la misma realidad. Cuando la experiencia común es la de disociación, podemos asegurar que se ha introducido un factor de corrupción en la imagen social de la sexualidad.

El sexo del hombre está hecho para expresar la ternura del amor. Dicho así, choca. Y ese choque nos hace reflexionar sobre el sentido pleno del sexo, y sobre el modo en que el hombre ha de cuidar y vivir el propio cuerpo. Ha de ser un cuerpo que sepa amar. Que sirva para expresar la entrega plena y total de la propia persona. Que sepa ser tierno y fuerte a la vez. Que sepa expresar corporalmente los matices profundos y delicados de un alma enamorada.

Pero eso será imposible si la imagen habitual del propio sexo no es la de instrumento de amor. Un alma enamorada tiene algo de artista. Y necesita un cuerpo que sea instrumento bien afinado, para poder expresar toda la riqueza de su amor.

Nos conviene recordar que ser hombre y ser mujer no son dos modos de objeto apetitoso, sino dos modos de ser persona. Porque ahí nos jugamos nuestra felicidad. Nos conviene recordar que la diferencia sexual manifiesta en inseparable unidad los dos aspectos más hondos del carácter creador de la persona: ser hombre y mujer es ser capaz de amor y de fecundidad.